GERARDO FARFAN y GABINO PERAITA

LOS GRAJOS

ZARZUELA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN DOS CUADROS, EN PROSA, ORIGINAL

MÚSICA DEL MAESTRO

LUIS FOGLIETTI

Copyright, by G. Farfán y G. Peraita, 1910

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1910

LOS GRAJOS

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRÁS

N.º de la procedencia
3076

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvege et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LOS GRAJOS

ZARZUELA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN DOS CUADROS, EN PROSA

original de

GERARDO FARFAN y GABINO PERAITA

música del maestro

LUIS FOGLIETTI

Estrenada en el TEATRO NUEVO APOLO de Madrid, el 26 de Noviembre de 1910

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1910

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA ISABEL	Flora Bustos.
PRISCA	Carmen Alfambra.
CARMEN	María Montenegro
RITA	Isabel Carrasco.
MARCELO	José Pursell.
DON FABIÁN	Pablo Hidalgo.
TITO	Carlos Hidalgo.
SERAPIO	Antonio Cardoso.
TIBURCIO	Juan Pardo.
RAMÓN	Francisco Soria.
MACARIO	Manuel Alares.
OBRERO 1.º	Jesús Fernández.
IDEM 2.º	Juan Zambruno.
IDEM 3.º	N. N.
IDEM 4.º	N. N.
UN CHICO	N. N.

Obreras, obreros, policías y coro general

Esta obra ha sido puesta en escena por el primer actor y director Pepe Pursell.

722730

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Decoración: Ocupando los términos de la derecha y la mitad del foro, fachadas de la fábrica. En el primer término de la izquierda, pabellón con puerta practicable, á la que da acceso una gradilla de mármol; en los términos de la derecha, puertas practicables y en la parte de fachada del foro, dos grandes ventanas por las que se verán las máquinas y el interior de la fábrica; en el segundo término izquierda, jardín; en la otra mitad del foro, verja con puerta practicable. Al fondo, telón de calle.

ESCENA PRIMERA

Salen de los talleres DON FABIAN, sacerdote, y MACARIO, encargado de los talleres

FAB. Ya lo sabes, Macario: es preciso que yo sepa todo cuanto hace don Marcelo, porque doña Isabel tiene indicios de que su gestión no es del todo digna en lo que respecta á esta acreditada fábrica. En esta jugada, tú eres el que puede resultar más beneficiado.

MAC. ¡El Señor le oiga á usted, don Fabián!

FAB. ¡El Señor premia á los buenos! (¡Este es mio!) Pues eso es solo; desde hoy cuida de hacer lo que te he dicho.

MAC. ¡Descuide usted, don Fabián; lo haré cual

usted me indica, y si no me manda usted nada más, me retiro.

FAB. Nada.

MAC. Quede usted con Dios.

FAB. El te acompañe, hijo mío.

(Vanse don Fabián por primera izquierda y Macario por talleres.)

ESCENA II

TITO, escribiente de las oficinas de la fábrica, viste muy ridículo y ramplón. Después, PRISCA, criada de la casa

TITO (Saliendo de oficinas con unos papeles en la mano.) Nada: otra plancha.. Está vista que tengo la cabeza á pájaros, todo ¿por qué?... Por el amor... por el amor hacia la ingrata Prisca... no, y por los coscorrones que me da el tenedor de libros... y por las novelas de Zola y de Pérez Galdós. ¡Esta es mi debilidad! las novelas: me duermo con Galdós y me despierto con Zola; como con Dumas y ceno con Blasco Ibáñez... y no me desayuno con nadie, porque no tengo la costumbre de desayunarme... ¡Qué Zola más sublime! ¡Qué bien dice las cosas!... ¡Y qué cosas! Si yo llego á nacer en París, en lugar de nacer en Alcahuete, de seguro que también me da por escribir novelas; porque la verdad es que en París deben pasar unas cosas más raras.. ¡Qué *cocotes!* ¡Qué *divettes* y qué *Edéneres Conceres* para pasar el rato!.. ¡Oh! Si yo tuviera alas como los pájaros, volaría á París y en cuanto me cansase de París ¡zas! ahuecaba el ala y á Venecia, el país de las góndolas y de la luna plateada. ¡Qué delicia hacer el amor en una góndola, arrullarse al compás de este balanceo!... (Empieza á balancearse como si estuviera embarcado. Sale Prisca.)

PRIS. Pero, ¿qué haces, Tito? ¿Estás ensayando un tango?

TITO Estaba soñando, despierto.

PRIS. ¿Y qué soñabas?

TITO Pon atención.

Música

Tuve un sueño muy curioso,
tuve un sueño original.

PRIS. Dime, Tito, qué soñaste.

TITO No me atrevo.

PRIS. Dilo ya.

TITO Una diosa misteriosa
á mi lecho se acercó
y en sus brazos, amorosa,
fuertemente me estrechó.

PRIS. (Abrazándole)
¿Así, Tito, se abrazó?

TITO ¡Ay, la diosa! ¡Qué calor!

PRIS. Yo también tuve otro sueño,
como el tuyo original,
y con todos sus detalles
te lo voy á relatar.
A una negra y un negrito
en mi sueño vi bailar,
este baile que no entiendo
si es matchicha ó cake-vall.
(Prisca baila un cake-vall; Tito imita.)

TITO La postura es la del cake
no me cabe duda ya,
y si tú me lo permites
voy contigo á cakear.
(Bailan los dos.)

Hablado

PRIS. Pues, mira; también he tenido otro sueño: soñaba que éramos lo que somos, tú un escribiente y yo una criada. Nos acabábamos de casar, yo iba con mi traje de seda, negro; tú, también de negro; estábamos solos en un cuartito chiquitito, muy monín; tú me cogías del talle...

TITO Oye, oye, ¿así? (La coge del talle.)

PRIS. Sí, así; pero no aprietes.

TITO Sigue, sigue; que eso me gusta.

PRIS. Me cogías una mano y me la besabas...

TITO ¿Así? (Lo hace.)

PRIS. Después, mirándome embelesado, me empezabas á besar en las mejillas...

TITO Oye... (Disponiéndose á practicarlo.)

PRIS. (Retirándole.) No, eso era soñando.

TITO ¿Y qué más? ¿Qué más? Sigue.

PRIS. No; lo demás no te lo cuento.

TITO ¿Por qué?

PRIS. Por... por eso...

TITO Pero... oye...

PRIS. Déjame, que sale la señora.

TITO ¿Bajarás luego?

PRIS. Sí. Adiós.

TITO Adiós, princesa encantada; ¡digo encantadora! (Vanse Prisca por primera izquierda y Tito por la «caja».)

ESCENA III

DOÑA ISABEL, dueña de la fábrica y DON FABIAN por izquierda

ISAB. Pero, don Fabián, ¿tal es la ofensa inferida por mi gerente?

FAB. ¡Grande, señora, muy grande! Usted no ignora que á la muerte de su querido esposo, mi fiel y malogrado amigo, yo me impuse la sagrada obligación de velar por usted y por su hija y cuidar de la suerte de ambas, pues temía, como desgraciadamente ha sucedido, que esta casa, acreditadísima en el mundo comercial, fuese pasto de cuatro ganapanes sin conciencia, como ese canalla de Marcelo, que la llevasen á un fracaso completo.

ISAB. ¡Pero si todos adoran á Marcelo! ¿Qué hace ese hombre? ¿No lo puedo yo saber?

FAB. Primero: descuidar los negocios, que es por lo único que debiera mirar, puesto que es lo que le proporciona el sustento; abandonar su obligación por atender á sus amores; los amores indignos que sustenta hacia su hija, la señorita Carmen, ese ángel que ha nacido para el claustro, según eran sus inclinaciones y las de usted, su amantísima madre, y

que él con su charla encantadora la ha hecho variar de rumbo.

ISAB. Creo que tiene usted razón, don Fabián.

FAB ¿No la he de tener, señora? Mis sagradas investiduras, los ejemplos que por los altos misterios que por mi divino cargo me están encomendados, me hacen ver el mundo tal cual es. Por lo tanto, ó yo sobro en esta casa ó el Gerente. Dos caminos tiene usted para elegir.

ISAB. No, usted de ningún modo.

FAB. (Ya lo sabía yo.)

ISAB. Pero ¿á quién nombramos Gerente? No se me ocurre...

FAB. No faltará. En la fábrica hay buenos encargados, que en un caso así podrían ponerse al frente. Es necesario echarle, mejor dicho, darle motivos como os dije para que se vaya, por vuestra hija; vuestra amada hija.

ISAB. Eso es lo de menos. A esa le toca obedecer y callar. La voluntad de su madre es sagrada. El ruego mío es un mandato.

FAB. ¡Oh, señora! Bien se ve que no conoce usted el corazón humano. La voluntad de una madre es firme mientras no se interpone la voluntad de otro cariño distinto. La voluntad de una hija es inquebrantable, mientras no se interpone la voluntad del que la corteja. Eso es como el sol, que brilla tal como es, ¡grande, inmenso! mientras no se pone delante una pequeña nube; eso es como la fe que es inmedible, mientras no la obscurece la duda. Doña Isabel, despierte usted, abra los ojos á la realidad y contemple el cuadro tal cual es: ¡la ruina, la perdición, el abismo! Recuerde que los padres son los llamados á dar cuenta á Dios de las acciones ejecutadas por los hijos. Recapacite usted serenamente.

ISAB. No puedo, don Fabián. Mis pensamientos son confusos.

FAB. Serénese. Daremos un paseo por el jardín y la brisa y la luz del sol, despejarán esa mente tan preciada por todos. (Eres mía...

Imperará mi voluntad suprema.) ¿Vamos, señora?

ISAB. ¡Vamos! (Vanse ambos por la puerta del foro.)

ESCENA IV

TITO, por la caja; después CARMEN por primera izquierda

TITO Nada, lo dicho: que estoy loco y que estoy loco. ¿Pues no he mandado al Banco de España, en lugar de una letra á ocho días vista, una carta que había escrito á Prisca llena de poesía y de acendrado amor? ¡Y ahora que caígo! A Prisca le he debido dar la letra; y me choca que no me haya dicho nada, porque siendo á ocho días vista, ya la podía haber visto, porque hace diez días que se la di. ¡Buena bronca me ha soltado el cajero! Y lo que menos me importa es lo que me ha dicho el cajero, porque ese no hace más que hablar; pero en cuanto se entere el Tenedor de libros ¡ese sí me importa! porque ese no habla: ese pega! Y lo que él dirá: la letra... con sangre entra. ¡Si tengo una suerte! Pues mira en cuanto se entere don Marcelo, el Gerente; ese sí que me la da, porque siempre me está diciendo: «Tito, eres muy distraído y es preciso que te fijes, pues una de dos, ó sales de la fábrica hecho un hombre ó sales hecho un Ecce homo... y yo creo que voy á salir hecho un Ecce-homo. (Mirando hacia la izquierda.) ¡Anda, diez! La señorita Carmen; y viene llorando... ¿habrá mandado también una carta de don Marcelo al Banco?

CAR. (Saliendo primera izquierda.) ¡Dios mío! Piensan despedirle... Despedirle á él; á mi vida, á mi única ilusión!...

TITO (Acercándose tímidamente.) ¡Señorita Carmen!

CAR. ¡Ah! ¿Estás tú aquí?

TITO Sí... ¿Está usted mala?

CAR. No... yo no.

TITO Como la vi á usted llorar creí...

CAR. ¿Llorar?... Quiá... ¡Qué locura!... ¿Y don Marcelo? ¿Dónde está don Marcelo?

TITO ¿Don...? Por ahí... por ahí...

CAR. ¿No le has visto?...

TITO No; pero... le veré... le veré... (por desgracia, porque me la va á dar superior.)

CAR. Pues anda... vé á buscarle.

TITO Sí, voy... voy. . . .

CAR. Pero, anda pronto.

TITO Voy, voy en seguida. (Como si me llevaran á ahorcar.) Voy... (Padre nuestro que estás...) En tus manos encomiendo mi espíritu... (Vase temblando por oficinas.)

ESCENA V

CARMEN, después MARCELO

CAR. ¡Darle motivos para que él se despida! Todo lo oí; todo lo oí para que mi sufrimiento sea mayor. ¡Es una infamia! Pues aunque haya nacido del fondo del alma de mi amada madre y de mi respetado confesor, ¡infamia es al fin!... ¡Al convento! ¡A profesar en seguida!... Esa es mi carrera... ¡Perderle á él!... ¡A mi Marcelo! ¡A mi vida!...

MAR. (Saliendo por oficinas.) ¡Carmen! ¿Qué tienes? ¿qué te pasa? No trates de ocultármelo; tus ojos me están diciendo que has llorado. ¿Estás enferma? ¿Has tenido algún disgusto? No me lo ocultes, Carmen; no me lo niegues.

CAR. (Con resolución.) Pues bien, Marcelo; sí que me pasa; me pasa lo peor que me podía pasar; que quieren separarnos; que quieren que yo sea monja; echarte á ti de aquí; alejarnos; arrancar de raíz este cariño tan grande, tan inmenso que nos profesamos. ¿Verdad que me quieres mucho?

MAR. ¡Muchísimo!... Pero eso no puede ser, ¡eso no será! ¡Eso no será aunque se empeñe...! Pero sí; si puede ser conque se empeñe tu madre. ¡Esa es la única que puede hacerlo!

CAR. Sí; mi madre... y don Fabián...

MAR. ¿Don Fabián? (Frenético va á salir y Carmen le detiene.)

CAR. ¿Dónde vas, Marcelo?

MAR. A buscarle; á buscar al destructor de mi dicha; al enemigo de mi felicidad; al puñal que ha de causarme la muerte. ¿El? ¡Me lo suponía!...

CAR. Marcelo, ten calma.

MAR. ¡Calma! ¡Calma! ¿Y me lo dices tú? ¿Puede tener calma el que le roban su dicha, el que ve que pretenden darle una muerte lenta; una agonía larga, para gozarse en sus estertores de muerte... No, Carmen, no. El conseguirá su objeto; pero yo le descubriré ante tu madre; yo haré ver clara su idea, la idea que ha venido maquinando desde que se metió en esta casa; desde que se enteró de la fortuna que poseéis; esa fortuna, que él hoy tiene al alcance de su mano; ese dinero que aquí á fuerza de inmenso trabajo se ha ganado y que él con tan poco puede poseer.

CAR. Marcelo, no disparates. Estás exaltado.

MAR. No, Carmen; estás ciega, ciega como tu buena madre, ciega como todos los que se guían por algunos de los que llevan las investiduras de don Fabián. ¿Despedirme? Y ¿por qué?... ¡Tú al convento!... No, eso no; que me despidan á mí, que me echen á la calle, como se echa á un perro, y yo sufriré, me moriré de pena, lejos de mi Carmen; pero que no te sacrifiquen á ti; no, eso no; á mí todo lo que quieran: sufrimiento, desesperación, martirio; pero á ti no; á ti que no te martiricen, porque contra tu madre, contra don Fabián, contra el mundo entero lucharía y sería capaz de despedazarlos, de rasgarles el corazón con mis uñas... Perdóname, Carmen... no sé lo que me digo... estoy loco... ¡Perdóname!... (La abraza.)

Amigo Vicente: Ahí queda lo ofrecido con un fortísimo abrazo de tu entrañable amigo

J. Peraita

Recuerdos

ESCENA VI

DICHOS, DOÑA ISABEL y DON FABIÁN, por el foro

FAB (Señalando á Carmen y Marcelo.) Lo ve usted, señora; siempre igual. ¿Está usted ahora convencida de cuanto la he dicho? ¡La yerba mala de esta casa!

ISAB. ¡Carmen!.. ¡Marcelo!... (Con tono imperativo.)

CAR. ¡Mamá!

MAR. Celebro que vengan tan á tiempo. Tenía que hablar con ustedes.

CAR. (¡Marcelo, por Dios!)

ISAB. Luego hablaremos... (Medio mutis.)

MAR. No, ha de ser ahora; lo pido, lo exijo...

FAB. ¡Bruscas palabras emplea usted con una señora!

MAR. Preferible es emplear mis bruscas palabras á emplear la mansedumbre y la dulzura que otros emplean en las suyas; pues mis palabras hieren, pero las de ellos matan. ¿Lo oye usted bien, don Fabián? ¡Matan!

FAB. No le comprendo... (Medio mutis.)

MAR. (Deteniéndole.) No, no se vaya; es á los dos á quien tengo que hablar: á doña Isabel y á usted... (Carmen vase llorando por primera izquierda.) He sabido que en esta fábrica, por conveniencia particular y no por lo que al negocio afecta, tratan de despedir, mejor dicho, dar motivos para que él se despida, pues el despedirle sería acto noble y la nobleza en ciertas personas es prenda inútil, á un obrero, á un ser que aquí ha derramado su sudor, ha gastado sus energías, ha puesto su alma entera para lograr el engrandecimiento de la fábrica; ha derrochado su talento y su salud hasta conseguir su objeto. ¿Y sabéis por quiénes se ha sacrificado; por quiénes luchó? Por los mismos que hoy tratan de echarlo; por los que, en agradecimiento á todo lo que ha hecho, le dan en pago un puntapié. Por esos.

ISAB. No sé á donde va usted á parar; lo único que veo es que se está usted insolentando demasiado y no he de tolerarlo; por lo tanto desde este momento prescindo de sus servicios. ¿Lo oye?

MAR. No, si ya lo sabía; si eso es lo que buscaba: oírselo á usted; oir de sus labios que yo estorbaba en esta casa; pero estorbo ¿sabéis por qué?... Porque estando yo en ella no permitiría la ignominia que se va á cometer; ignominia de la que es autor don Fabián.

ISAB. ¿Cómo?

MAR. Ya lo dije; usted, y sólo usted. Usted, que no contento con sacrificar á esta familia con sus impertinencias, pretende robarle una juventud á la humanidad, una mujer al mundo, una hija á la madre, una esposa al hombre. Deseais que Carmen profese; queréis encerrarla entre rejas; ansiais negarla la luz del sol; pero, no; eso no será; yo saldré de aquí; yo estaré alejado de ella; pero ella no profesará ¿lo oís? ¡no profesará!

ISAB. No le podemos seguir escuchando. Ya sabe usted mi decisión; ya se la dije... Acompáñeme usted, don Fabián... (Vanse, sin mirar á Marcelo, por los talleres.)

MAR. ¡Y se van! ¡Y no quieren escucharme! ¡Y me arrojan de su casa, como se arroja á un perro á la calle! Pues bien, me iré, me iré; pero no olvidéis (Dirigiéndose al término por donde se fueron doña Isabel y don Fabián.) que el perro acecha; que este fiel guardián de vuestra casa impedirá vuestro crimen; sí, lo impedirá... (Vase foro.)

ESCENA VII

TITO; luego CARMEN

TITO ¡Buena se va á armar! ¡Buena!... He contado todo lo que pasa á los obreros y están decididos á dar un disgusto muy gordo. Piensan dejar el trabajo, declararse en huelga, si no

vuelven á admitir á don Marcelo. ¡Y hacen muy bien! ¡Así, para que aprendan! (Sale Carmen.)

CAR. Tito, ¿ha salido don Marcelo?

TITO Sí, señora, salió; pero... no se apure usted, que yo lo arreglaré todo; confíe usted en mí: ¡son míos!...

CAR. ¿Qué dices?

TITO Sí. Lo sé todo, todo. Pero don Fabián se va á acordar de mí, eso es. (Se oye en los talleres gran griterío.)

CAR. ¿Qué es eso? ¿qué sucede?

TITO Que se está arreglando todo. Que se arregla. (Con alegría.)

CAR. ¿Pero ese griterío?

TITO (Corriendo y saltando de un lado á otro.) ¡La huelga! ¡La huelga! ¡Bien hecho! Eso es.

CAR. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

TITO No se apure usted, señorita Carmen; con esto se arregla todo, todo... (El griterío que ha subido de punto está en todo su apogeo; se oyen grandes golpes, voces, etc., y salen corriendo de los talleres doña Isabel y don Fabián.)

ESCENA VIII

DICHOS, DOÑA ISABEL y DON FABIÁN

FAB. No se preocupe usted, señora. Entren en el pabellón y cierren bien, que yo iré á avisar á la policía, y verá cómo se acaba todo.

ISAB. ¡El Señor nos ampare! (Vanse doña Isabel y Carmen por primera izquierda, don Fabián por foro y Tito corre de un lado á otro sin saber qué hacer.)

ESCENA IX

TITO, SERAPIO, TIBURCIO, RAMÓN, OBREROS 1.°, 2.°, 3.° y 4.°, Obreras, Obreros; luego MARCELO

SER. (Saliendo con los demás en tropel.) ¡Abajo los traidores! ¡Muera don Fabián!... ¡Viva don Marcelo!

RAM. ¡Viva la huelga!

TIB. ¡A la Caja, compañeros! ¡A la Caja! (Entra en la Caja seguido de varios Obreros.)

OB. 1.º ¡A arrastrar á don Fabián, que se ha escondido! ¡Muera don Fabián!

TODOS ¡Muera! (Se dirigen todos á primera izquierda y pretenden derribar la puerta; en este momento aparece Marcelo, el cual se interpone entre ellos. Suenan dos disparos en la Caja y salen corriendo de ella los Obreros.)

MAR. ¡Insensatos! ¿Qué vais á hacer?

OB. 1.º ¡Arrastrarlos! ¡Prender fuego!

OB. 2.º ¡Mueran los traidores!

OB. 3.º ¡Viva don Marcelo!

TODOS ¡Viva!

MAR. Marcelo, vuestro compañero, os suplica que os retireis.

VARIOS No, no.

OB. 1.º ¡Que os vuelvan á admitir!

OB. 4.º ¡Muera don Fabián!

OB. 5.º (Mirando por el foro.) ¡Que viene la policía! (Todos huyen por distintos lados. Tito entra en la Caja. Quedando en escena, ante la puerta primera izquierda como defendiéndola con su cuerpo, Marcelo solo.)

MAR. ¡No temas, Carmen! ¡Nada te pasará! Está aquí tu Marcelo.

(Aparece don Fabián por el foro, seguido de varios Policías.)

ESCENA ULTIMA

MARCELO, TITO, DON FABIÁN, POLICÍAS y OBREROS por todas los términos

TITO (Saliendo asustadísimo de la Caja.) ¡Han matado al Cajero y al capataz! (Se esconde asustado. La fábrica empieza á arder.)

FAB. ¡Ah! ¿Eso también? Prended á ese hombre. (Por Marcelo.) ¡Ese es el criminal! ¡Ese!... ¡Prendedle!

MAR. Don Fabián, ¿yo?

FAB. ¡Ese, ese es el criminal! ¡Prendedle! ¡Prendedle! (Cuadro y telón lento.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Entrada de una fábrica. Verja al foro; en el centro de ésta gran puerta practicable, sobre la que se lee: FÁBRICA DE HILADOS. VIUDA DE MISUT. Al fondo jardín con frondosa arboleda, tras de la que se ve el edificio de la fábrica. En primer término derecha, taberna, en cuya puerta hay varias banquetas y una mesa. En los demás términos, calles.

ESCENA PRIMERA

PRISCA y TITO por puerta foro

PRIS. ¡Ay, Tito, tengo una pena muy grande!

TITO ¡Yo también la tengo muy grande!

PRIS. ¡La mía es muy honda!

TITO ¡La mía es muy negra!

PRIS. ¡Pobre señorita!

TITO ¡Pobre Carmencita!

PRIS. ¡Encerrarla en un convento tan joven!

TITO En los conventos sólo debieran encerrar á las viejas.

PRIS. Si don Marcelo estuviera aquí no lo hubiera consentido.

TITO ¡Pobre don Marcelo! ¿Seguirá en la cárcel?

PRIS. Yo creo que él es inocente.

TITO De eso nadie duda... excepto doña Isabel y don Fabián.

PRIS. Doña Isabel duda porque la tiene sorbido el seso su confesor; pero demasiado sabe don Fabián que don Marcelo es inocente.

TITO Esta gente de sotana tiene mucho poder.

PRIS. Lo que han hecho es una infamia, un pecado mortal.

TITO ¿Y qué les importan á ellos los pecados mortales si son los amos de las indulgencias?

PRIS. Tienes razón... ¿Y á qué hora profesa la señorita?

TITO A las doce.

PRIS. Pues vamos, que ya debe ser tarde.

TITO Vamos. (Medio mutis.) Oye.

PRIS. ¿Qué?

TITO Te voy á leer una composición poética que la dedico con motivo de la toma de hábitos. Dice así: (Leyendo.) «A la angelical y bondadosa señorita Carmen Misut, al abandonar el mundo:

Adiós, bella Carmelita.
Ya se fué la más bonita;
la más linda de las flores;
la de más ricos colores
que tenía este frondoso jardín...
Recluída en el convento,
del convento ya no saldrás
y al mundo ya no volverás
¡¡como si te hubieras muerto!!»

(Declamado.) En este «como si te hubieras muerto», pongo dos admiraciones que parten el alma.

(Leyendo.)

De ese claustro triste y sombrío
no volverás á salir,
y nos vamos á morir
todos de pena y de hastío.
¡Ay Dios mío!
¡Ay, Dios mío, qué solos se quedan
los que no se van!
¡Ay, Dios mío!
¡Que tristes estarán
á estas horas tu madre y tu tío!

(Declamado.) Este tío es el de Huete.

(Leyendo.)

«Los que te amamos
no nos consolamos,
criatura angelical,
y estamos
y nos quedamos
muy mal,
¡¡pero muy requetemal!!»

PRIS. ¡Muy bien!

TITO No, Prisca; muy mal.

PRIS. Digo que está muy bien el verso.

TITO ¡Ah! Es conmovedor, ¿verdad?

PRIS. (Muy triste.) ¡Ya lo creo!

TITO Emociona, ¿verdad?

PRIS. (Casi llorando los dos.) Sí que emociona.

TITO Cada vez que lo leo se me humedecen los párpados.

PRIS. (Llorando.) ¡Pobre señorita!

TITO (Idem.) ¡Pobre Carmencita!

PRIS. (Se deja caer en brazos de Tito hecha un mar de lágrimas.) ¡Ay, Tito! ¡Tengo una pena muy grande!

TITO (Haciendo mutis.) ¡Yo también la tengo muy grande!

PRIS. ¡La mía es muy honda!

TITO ¡La mía es muy negra! (Vanse por la segunda derecha, llorando á lágrima viva.)

ESCENA II

MARCELO por primera izquierda

(Entra pensativo y contempla la fábrica.) Ya has recobrado tu libertad, Marcelo. Ya puedes volver honrado y con tu frente muy alta á esa casa, de donde una infamante calumnia te arrojó. (Pausa.) A las puertas de la dicha, no sé por qué vacilo y tiemblo. Deseo entrar en esa fábrica, donde pasé mi vida, donde nacieron y vivieron mis amores, y no sé qué algo, de una fuerza irresistible, me detiene. Quiero entrar y no me atrevo... ¿Hallaré amor? ¿El amor de la mujer, en quien cifré mi esperanza, firme y constante? ¡Sí! Carmen no pudo dudar de mi honradez. Carmen me amaba: ¡el que ama no duda! Sin embargo temo. No sé lo qué, ni por qué, pero temo. El poder de su confesor es de una fuerza inmensa. Ese hombre, inspirado por satán, bajo sus hábitos piadosos alberga el espíritu del Angel Caído. Don Fabián es malo. Yo era un gran estorbo para sus planes; para sus ansias de lucro y medro personal y quiso deshacerse de mí á toda costa. ¡Qué importaba el medio! Escogió la calum-

nia, y hubiera escogido el crimen. Para este hombre sin fe, aunque la predica, y sin amor al prójimo, aunque lo pregona, todos los medios son útiles, con tal de conseguir su objeto. Pero no lo lograrás. Para castigar tu villanía, hoy me absuelve la justicia de los hombres y me ampara la justicia de Dios. De ese Dios á quien hipócritamente pretendes engañar. Lucharemos, don Fabián, lucharemos. (Suena la campana de la fábrica.) Van á salir los obreros á comer... No quiero verlos. ¿Dudarán de mí?... Me voy. No tengo valor para presentarme ante ellos. (Vase por primera derecha.)

ESCENA III

RITA, MACARIO, TIBURCIO, RAMÓN y OBREROS y OBRERAS, que salen de la fábrica. Unos formando corro y distribuidos por la escena se disponen á comer; otros se van por los diferentes términos de la escena. En un grupo y sentados delante del velador de la taberna, Rita, Tiburcio, Ramón y Obreros 1.° y 2.°, los dos últimos con sus respectivas mujeres

OBREROS Hasta luego.

OTROS Adiós, señores.

TIB. Siéntate en esta banqueta, princesa, *pa* deglutir el *coci* tranquilamente.

RITA Pues necesitas tú *pa* comer más comodidades que un título.

TIB. Como que *pa* sacar la carne del hueso necesita uno microscopio.

RAM. Y algunos días *pa* encontrar el hueso y la carne hace falta lupa.

RITA Os quejais de vicio.

OB. 1.o Sí, por hacer chistes.

RAM. Mira; mi tartera, hoy parece un rompecabezas. ¿Dónde está la comida? (Mirando dentro de la tartera.)

TIB. (Llamando.) ¡Chico!

CHICO (Saliendo de la taberna.) ¿Qué va á ser?

TIB. Una botella... Oye, (A Ramón.) y hablando de

otra cosa: ¿hoy creo que se hace monja la señorita Carmen?

RAM. A la fuerza. El tal don Fabián, su confesor, ha vuelto la sesera del revés á la madre y á la nija.

OB. 1.º Como que se ha hecho el amo de *too* esto.

OB. 2.º El recibe y despide á la gente.

TIB. Estos gachós de sotana se cuelan por un asiento de rejilla sin romperlo ni mancharlo.

RAM. Bichos con faldones
solo dan desazones.

OB. 1.º ¡Y qué lo digas!

OB. 2.º Yo creo que la huelga y el robo aquel, de que le echaron la culpa á don Marcelo, el gerente, los tramó el tal don Fabián.

TIB. ¡Que te quemas!

RAM. Me *paice* á mí que sí.

RITA Y el pobre don Marcelo ¿seguirá en la cárcel?

TIB. ¡Toma, toma! ¡*Pos* claro!

RAM. ¡Eso enciende la sangre!

RAM. Le achacan la muerte del capataz.

OB. 2.º Y el incendio de la fábrica.

TIB. Sí que está *aviao* el pobre señor.

OB. 1.º ¡Qué infamia!

RAM. Con ese curita no hay quien pueda.

TIB. ¿Y esos señores se llaman discípulos de Cristo?

RAM. Lo mismo se podían llamar cosecheros de vinos ó fabricantes de chocolate.

TIB. Manejan la cruz lo mismo que manejan la campanilla los saca-muelas en la plaza pública; *pa* atraer á los tontos y embaucarlos con bolitas sacás de un volcán *apagao*.

OB. 1.º ¿Y no les remorderá la conciencia?

TIB. ¿Te hacen á tí daño las botas de charol?

OB. 1.º No las he *usao* nunca.

TIB *Pos* eso mismo les pasa á ellos. *Pa* esas gentes la conciencia es lo mismo que *pa* tí las botas de charol.

RAM. ¡Hombre, quién viene por allí!

OB. 1.º ¡Serapio!

OB. 2.º ¡Pobre hombre!

RAM. Un brazo le costó la huelga.
OB. 2.º La señorita Carmen le quería mucho.
OB. 1.º Gracias á ella no se ha muerto de hambre.

ESCENA IV

DICHOS y SERAPIO por segunda izquierda

SER. (Sallendo.) ¡*Salú*, señores!
RAM. ¡Hola, Serapio!
TIB. ¿Quieres un trago?
SER. Eso no se pregunta. El vino es *mu delicao* y no se le puede hacer un desaire.
TIB. Pues toma y bebe lo que quieras.
SER. Dí lo que pueda, por si no hay bastante. (Bebe.)
OB. 1.º Hace un rato nos estábamos acordando de tí.
OB. 2.º Hablando de la huelga del año pasao.
SER. Eso es lo único que me quita el buen humor.
RAM. Como que te costó bien caro.
SER. ¿Lo dices por esto? (Indicando el muñón.)
RAM. ¡Natural!
SER. Estás en un error. Si hubiera perdío los dos brazos estaría más satisfecho. Toa la sangre mía hubiera yo dao por don Marcelo. ¡Pobre señor! ¡Tan bueno, tan honrao, tan *dizno!* Era el compañero, el hermano de *toos* nosotros. Donde él estuviese ni había dolor ni miseria. Su bolsillo era el paño de lagrimas de los que no tenían que comer... ¿Y queréis que me pese haber perdido un remo por un hombre así? Mi sangre, gota á gota, daría por su vida y su felicidad.
RAM. ¿Quieres un cigarro?
SER. Venga. Dicen que con el humo se van los malos pensamientos, y como no se me vaya el que tengo aquí encerrao. (Indica la frente.) ese don Fabián no come mucho pan en esa casa. (Por la fábrica.)
TIB. Mira, ahí viene Tito... ¡Tito!
RAM. Tito... anda, cántanos algo de actualidad y fuera penas.
OBREROS Eso es... Eso es.

Música

CORO Que cante, Tito, una canción
de las que sabe cantar él.
TITO Aunque no estoy de muy buen humor
si os empeñais, al fin, la cantaré.
¡Zánganos, zánganos,
zánganos, zánganos
que tiene la democracia!
CORO ¡Zanganos, zánganos,
zánganos, zánganos,
con muy poquísima gracia!

—

TITO El herrero Canalejas
un candado fabricó,
pa evitar que los frailucos
se nos cuelen de rondón.
CORO ¡Qué guasón! ¡qué guasón!
TITO Y es tan frágil el candado.
según dice el que lo vió,
que si alguno entrar pretende
puede abrirlo de un tirón.
CORO Tiene este pícaro, pícaro, gracia.
TITO Son estos hombres de la democracia
¡zánganos, zánganos, zánganos, zánganos
con muy poquísima gracia!
CORO ¡Zánganos, zánganos, zánganos, zánganos!
¡Olé la democracia!
TITO De partidos y de platos
hago esta comparación:
moretistas hay en salsa;
canalejistas al ron.
CORO ¡Qué guasón, qué guasón!
TITO Hay carlistas en conserva,
hay pisto conservador;
pero no hay un solo plato
de huevos en la Nación.
CORO Tiene este pícaro, etc.
TITO Son estos hombres, etc.

Hablado

OBREROS ¡Bien por Tito!
TIB. Toma un trago que te lo mereces.
TITO A tu salud y á la de todos. Y os dejo, porque tengo mucho que hacer. (Vase.)
TODOS ¡Anda con Dios!
RAM. Oye: ¿no es aquel don Marcelo? (Mirando á la derecha)
SER. (Dejando de beber rápidamente.) ¿Cuál?
RAM. Aquel que se pasea por allí abajo. (Todos se ponen de pie y miran á la derecha.)
SER. ¡El es!... ¡Don Marcelo! ¡Don Marcelo! (Vase corriendo por la derecha.)
OB. 1.º ¿Cómo andará por la calle?
TIB. ¡Habrá salido libre!
RAM. ¡Se abraza á Serapio!
OB. 2.º ¡Ese es un hombre!
OB. 1.º ¡Y un caballero!
RAM. A la legua se conocen los hombres honraos.

ESCENA V

DICHOS, MARCELO y SERAPIO

MAR. ¡Gracias, Serapio!
SER. No se pue usté figurar la alegría que me ha dao al verle.
MAR. Lo creo, Serapio. (Todos se descubren y se acercan á Marcelo. Este abraza á todos.)
RAM. ¡Don Marcelo, que sea enhorabuena!
TODOS ¡Que sea enhorabuena!
MAR. ¡Gracias, amigos míos!
TIB. (Desde la puerta de la taberna.) ¡Chico! Un frasco de lo bueno, que hoy es día grande.
RAM. Conque, por fin ¿salió usted libre?
TIB. Ya sabe usted que nos alegramos.
OB. 2.º Como que usted es cosa nuestra.
MAR. Gracias muchachos. (Pausa.) ¿Y qué, sigue don Fabián en la casa?
SER. Ya lo creo; ese no se va aunque lo echen á escobazos.

MAR. Y el nuevo gerente ¿os trata bien?

TIB. Con decirle á usté que es hechura del confesor, está dicho *too*.

RAM. ¿Y la señorita Carmen? (Se miran los unos á los otros sin saber qué contestar.)

SER. Pos... tan buena... y tan... tan... buena...

RAM. Sí, eso... eso es.

MAR. Noto en vosotros algo extraño. Decidme la verdad. ¿Qué ocurre? La verdad, la verdad por amarga que sea, que no lo será tanto como la duda.

SER. La verdad...

ESCENA VI

DICHOS, PRISCA y TITO, por la derecha

PRIS. (Llorando.) ¡Ay, mi señorita de mi alma!

TITO (Afligidísimo.) ¡Por Dios, Prisca!

SER. (A Marcelo, por Prisca y Tito.) Esos le dirán á usted la verdad.

MAR. Prisca, ¿dónde está tu señorita?

PRIS. ¡Ay, don Marcelo!

MAR. No me impacientes; habla.

PRIS. La se... señorita .. está... en... el... convento... ¡Ay, ay, ay! (Llorando.)

TITO Por Dios, Prisca, que te vas á congestionar...

PRIS. ¡Ay, mi señorita de mi alma!

MAR. Pero quieres decirme lo que pasa?

TITO Que acabamos de dejar en las Ursulinas, encerrada para *in eternum*, á la señorita Carmen.

MAR. ¿Qué has dicho? ¿Te burlas de mí? (Lo coge de un brazo y lo zarandea.)

TITO ¡Por Dios, don Marcelo! Yo he sido un mero... un mero espectador.

MAR. (Soltándole.) Es verdad. ¡Qué culpa tienes tú de mi desdicha! (Se sienta ante el velador y oculta el rostro entre las manos.)

SER ¡Pobre don Marcelo!

TIB. ¡Esto pone los nervios alborotaos!

RAM. ¡Revuelve la sangre!

MAR. ¡Canalla!

PRIS. ¡Ay, mi señorita!

TITO Vamos, Prisca; consuélate, mujer... (Vanse á la fábrica)

ESCENA VII

DICHOS menos PRISCA y TITO

MAR. ¡Todo lo he perdido! ¡Sin ella, para qué luchar! ¡Sin ella, para qué vivir!... ¡Ah, mal sacerdote! No tienes bastante con apoderarte á traición del dinero, que quieres hacer lo mismo con las almas. ¡Bien madurado tenía su plan!... ¡Todo, todo lo he perdido!... Es decir: todo, no. Aun hay en mis venas sangre que hierve y en mis nervios energía y juventud. (Se oye tocar las campanas del convento.)

SER. (A los obreros.) La señorita ya ha profesado. Las campanas tocan á gloria...

MAR. (Al oirle.) ¡No, Serapio; doblan á muerto!

ESCENA ULTIMA

DICHOS, DOÑA ISABEL y DON FABIAN por segunda derecha

FAB. ¡Vamos, tenga usted valor!

ISAB. No puedo, don Fabián; este golpe me cuesta la vida.

FAB. La resignación es propia de almas cristianas. Además, Carmencita hallará en la paz del claustro la tranquilidad del espíritu.

ISAB. Sólo por su tranquilidad he consentido en separarme de mi hija.

FAB. ¡Dichosa ella que, sirviendo á Dios, recibirá el fruto de su bondad infinita! ¡Dichosa, sí, que lejos de la maldad de los hombres y de esta pervertida sociedad, gozará las venturas del celestial Edem!

OB. 1.º (Viendo á don Fabián.) Ahí está el curita; ¿queréis que le convide?

MAR. (Poniéndose de pie rápidamente.) ¡El! (Se dirige á don

Fabián.) ¡Don Fabián! (Todos se ponen de pie. Gran espectación.)

FAB. (Aparentando tranquilidad.) ¡Marcelo!

ISAB. ¡¡Marcelo!!

MAR. Marcelo, sí. Marcelo que viene á saldar una cuenta que con usted tiene pendiente. (Por don Fabián.)

FAB. ¿Conmigo?

MAR. ¡Con usted!

ISAB. ¡Esta loco!

MAR. Aun no; pero acabaré por estarlo, y tiemble usted si la locura ciega mi razón.

FAB. ¡Sólo temo á Dios!

MAR. Bien puede temerle quien tanto le ofende.

FAB. ¿Se olvida usted que habla con un ministro del Señor?

MAR. Los ministros del Señor no pueden designarlos los hombres.

ISAB. ¡Dios le perdonará!

MAR. Sí, porque usted... usted no tiene perdón de Dios.

ISAB. ¿Vamos, don Fabián?

FAB. Sí, vamos. (Medio mutis,)

MAR. (Sujetando á don Fabián de un brazo.) No. Pueden irse todos, ¡todos! pero usted no se irá sin que antes no me dé cumplida cuenta de su infamia; sin hacerle saber antes que no se pueden coger dos corazones y gozarse en su martirio; que la honradez de un hombre trabajador es tan sagrada y tan digna de consideración y respeto como esos hábitos que usted deshonra por el hecho de vestirtirlos. Que si Dios, ese Dios que á usted le sirve de escudo y salvaguardia para sus maldades, supiera maldecir, para usted sería su más justa y terrible maldición.

FAB. ¡Calla, blasfemo!

MAR. En esta ocasión la blasfemia en mis labios es virtud; la virtud en los de usted es blasfemia.

ISAB. Sólo habla así el que por bondades de la justicia no está en un presidio.

MAR. Para honra de los presidiarios no hay en presidio ladrones de conciencias.

ISAB. Marcelo, ponga usted freno á su lengua.

MAR. Señora, es necesario que conozca usted al monstruo que hace confidente de sus más íntimos secretos. El, ayer, me arroja de esa casa; hoy os arrebata á vuestra hija. ¿Y sabe usted por qué? Porque sin el calor de la hija poco vivirá la madre. Y el día que la madre muera puede él ser dueño de la fábrica. ¡Acude como los grajos al olor de la carne muerta!

FAB. Si no estuviese seguro ya, ahora quedaría plenamente convencido de lo que es usted. ¡Un asesino!

MAR. ¿Asesino?... (Se abalanza á don Fabián, cogiéndolo por el cuello. Luchan. Intentan separarlos. Cuando lo consiguen, don Fabián se desploma en el suelo muerto.)

ISAB. ¡Jesús! (Se desmaya.)

SER. ¡Don Marcelo!

MAR. (Por don Fabián.) Cuando tu espíritu reviva en los infiernos, podrá llamarme, con razón, ¡asesino!

(Cuadro y telón.)

FIN DE LA OBRA

COUPLETS PARA REPETIR

TITO — Un suceso muy curioso
en Lisboa aconteció,
que parieron varias monjas
cuando la revolución.

CORO — ¡Qué guasón! etc.

TITO — Ahora la gente se explica
lo ocurrido en Portugal
y que hubiera en los conventos
alzamiento general.

—

TITO — Todo político siente
por un plato devoción:
á Moret le gusta el cerdo,
Maura prefiere el pichón.

CORO — ¡Qué guasón! etc.

TITO — Romanones, gallinejas,
y Lacierva, el buen turrón;
Weyler, la ropa vieja,
y Canalejas, capón.

—

TITO — Dicen que Lacierva y Maura,
llenos de cristiana unción,
juntos van á los Luises
á tomar la comunión.

CORO — ¡Qué guasón! etc.

TITO — Y en vez de salir como otros
por la puerta principal,
para que nadie los vea,
toman por la que hay detrás.

—

TITO A una frutería España
tengo comparada yo:
pues Weyler es un coco
y Melquiades un limón.
CORO ¡Qué guasón! etc.
TITO Sánchez Toca una ciruela,
una manzana Rosón,
es Lacierva una castaña
y Antonio Maura un melón.

—

TITO Hace días que la prensa
la noticia publicó
de que se retiran Maura
y Lacierva, su peón.
CORO ¡Qué guasón! etc.
TITO Hacen bien en retirarse
de la lidia nacional,
pues si vuelven á la plaza
los mandamos al corral.

—

TITO Un obispo á Canalejas
le lanzó la excomunión
porque á los frailes y monjas
iba á echar de la nación.
CORO ¡Qué guasón! etc.
TITO Pero al ver que no cumplía
su programa radical,
el obispo compasivo
se la ha vuelto á levantar.

—

TITO Romanones, que hoy es cojo,
no era así cuando nació;
pero dió el pobre un mal paso
y la pierna se torció.
CORO ¡Qué guasón! etc.
TITO Pues, según ayer me dijo
mi vecina Encarnación,
la tenía muy derecha
cuando ella le conoció.

—

TITO — Desde que ha dejado Maura
de regir esta nación,
vive el infeliz Lacierva
en muy triste situación.

CORO — ¡Qué guasón! etc.

TITO — Sus famosos pantalones
que tanto dieron que hablar,
se los ha vendido á Weyler
por dos reales nada más.

—

TITO — Por lo del Ayuntamiento
hace días provocó
un escándalo terrible
un maurista senador.

CORO — ¡Qué guasón! etc.

TITO — Dijo que los concejales
van allí solo á chupar,
y él debe muy bien saberlo,
pues ha sido concejal.

—

TITO — Los conventos de las monjas
por temor y precaución
con los conventos de frailes
tienen comunicación.

CORO — ¡Qué guasón! etc.

TITO — Y á los frailes las monjitas,
cuando lo de Portugal,
como estaban bien armados,
iban todas á buscar.

—

TITO — Una gata y un gatito
se adoraban con pasión;
pero ayer la pobre gata
de un tejado se cayó.

CORO — ¡Qué guasón! etc.

TITO — Y el minino está muy triste
con muchísima razón,
porque desde ayer el pobre
sin minina se quedó.

—

TITO — Serafín á Teresita
de su casa la raptó,
pues los padres se oponían
á su amante pretensión.

CORO — ¡Qué guasón! etc.

TITO — Y hoy la vuelta desde Francia
les anuncia Serafín,
y les dice que les traen
un juguete de París.

—

TITO — Un recuerdo de familia
guardo con mucha ilusión.
Y las chicas me persiguen
para que lo enseñe yo.

CORO — ¡Qué guasón! etc.

TITO — Y aunque siempre me resisto
con muy firme voluntad,
estoy viendo que á la fuerza
se lo tengo que enseñar.

A LOS INTERPRETES

Pepe Pursell.—Amigo simpático, actor notabilísimo y director de cuerpo entero, encarnó perfectamente el papel de *Marcelo*. El público y los autores así lo entendieron y unos y otros aplaudieron con entusiasmo su excelente labor artística.

Pablo Hidalgo.—¡Colosal! ¡Piramidal! Dibujó á la perfección nuestro soñado *Don Fabián*.

Carmencita Alfambra.—Graciosísima. Una *Prisca* ideal. ¡Cómo hizo *de* reir!

Flora Bustos.—Rayó á la altura de las buenas actrices de verso.

María Montenegro.—Muy bien y muy guapa. Una *Carmen* digna de *Marcelo*.

Carlitos Hidalgo.—Tenor cómico que dará ruído. *Tito* inimitable por lo gracioso y... bailarín.

Antonio Cardoso.—Alma noble y generosa que por cariño á *nos*, se encargó de un papel muy inferior á su jerarquía artística. ¡Y qué *Serapio* creó el alma *nuestra!*... Nunca creímos que de un papel tan insignificante se pudiera sacar el partido que él sacó.

Juanito Pardo.—¡Una *tontería* de actor! Tiene cuatro frases y media en la obra y le dieron dos ovaciones. «Esto, Inés, ello se alaba...»

Paco Soria.—Decimos lo mismo que á Cardoso. ¡Chóquela compañero!

Srta. Carrasco y Sres. Alares, Fernández y Zambruno.—Artistas notables que contribuyeron al buen conjunto de la interpretación con arte y entusiasmo.

No hemos de cerrar esta página de elogios sin hacer extensivo al simpático y notable maestro Torcal (que ensayó la música en dos días) y á la Empresa, nuestro agradecimiento.

A todos en general os damos infinitas gracias por el amor con que acogísteis esta modesta producción de vuestros más humildes y sinceros amigos.

G. Farfán y G. Peraita.

LAS COMPAÑIAS DE VERSO

que quieran representar esta obra, pueden hacerlo suprimiendo los cantables y variando las frases primeras de *Prisca*, después del dúo del primer cuadro, en esta forma:

PRISCA ¡Soñando! Yo también he tenido un sueño y te lo voy á relatar.

También se suprimirán las frases de los obreros en el segundo cuadro, que preceden al número de música, suprimiéndose asimismo la salida de *Tito*.

Las compañías que la representen en esta forma, pagarán derechos de un acto de verso.

Obras de los mismos autores

De Gerardo Farfán

La huérfana, drama en un acto y en verso.
¿Convengo?, monólogo cómico-lírico.
El pirata, drama en cuatro actos y en verso.
La tía Javiera, juguete cómico en un acto y en verso.
Antes de la función, apropósito cómico-lírico, música del maestro Julio Cristóbal.
Sí natural, monólogo en verso.
Los vecinos del patio, entremés cómico-lírico, música del maestro Vela.
El modisto parisién, humorada cómico-lírica en un acto, música de los maestros San Felipe y Vela.
La tía Javiera, juguete cómico-lírico en un acto, música de los maestros San Felipe y Vela.
Los ojos de un pícaro, disparate cómico-lírico-equilibrista en un acto, música del maestro Pacheco.
Astronomía popular, revista cómico-lírico-bailable, música de los maestros San Felipe y Vela.
El grito de independencia, episodio lírico-dramático en un acto, música del maestro Gerónimo Giménez.
La cruz del canchal, zarzuela dramática en un acto, música de los maestros Vela y Candela.
Rosiña, zarzuela dramática de costumbres gallegas en un acto, música del maestro Julio Cristóbal.
La fundición, zarzuela dramática en un acto, música del maestro Luis Foglietti.
os grajos, zarzuela en un acto, música del maestro Luis Foglietti.

De Gabino Peraita

La perla del cortijo, zarzuela cómica en un acto, música de los maestros Candela y Rodríguez.
Baco y Cupido, entremés lírico, música del maestro Candela.
Astronomía popular, revista cómico-lírico-bailable, música de los maestros San Felipe y Vela.
Amor y vino, juguete cómico en un acto.
La cruz del canchal, zarzuela dramática en un acto, música de los maestros Vela y Candela.
La fundición, zarzuela dramática en un acto música del maestro Luis Foglietti.
Los grajos, zarzuela en un acto, música del maestro Luis Fogliet

Precio: UNA peseta